

# SUKETU MEHTA

## La vida secreta de las ciudades



LITERATURA RANDOM HOUSE

*La vida secreta  
de las ciudades*

SUKETU MEHTA

Traducción de  
Cruz Rodríguez Juiz

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

1

MIGRACIÓN. NARRAR LA CIUDAD

¿Cuál es la historia de una ciudad? ¿Cuál es la historia de Mumbai, de Nueva York, de São Paulo? Depende de quién la cuente y de quién la escuche.

Está la ciudad estadística y está la ciudad impresionista: la percepción que cada individuo, turista o residente, tiene de una ciudad en particular. Cuando los datos estadísticos contradicen las impresiones del individuo, a menudo resulta chocante. Pero no por ello sus impresiones son menos convincentes. Los turistas que visitan Nueva York la ven como un paraíso multiétnico donde las razas se pasean por las avenidas formando un espléndido mosaico. La verdad estadística, sin embargo, es que se trata de la segunda ciudad más segregada de Estados Unidos.

Toda ciudad tiene dos tipos de narrativa: la historia oficial y la historia oficiosa. La historia oficial se publicita a bombo y platillo; la oficiosa es más discreta, pero también es más probable que perdure.

La oficiosa se transmite mayoritariamente por vía oral: se oye en los locutorios de los barrios de inmigrantes de nuestras ciudades, en los vídeos y cedés que preparan para enviar a la familia, en las baladas y canciones tradicionales de las películas de Bollywood y en las telenovelas. Son las noticias sobre la ciudad que los inmigrantes transmiten al pueblo.

La mayoría de las veces el resto de la gente no tiene acceso a esas historias, en parte a causa del idioma y, en parte, por lo primitivo de la tecnología. En Mumbai, por ejemplo, existe una comunidad de escribientes que se sientan a las puertas de la oficina de correos y ayudan a los inmigrantes iletrados a escribir a los parientes del pueblo.

Muchos de sus clientes son prostitutas; los amanuenses les ayudan a construir ficciones sobre su vida en la ciudad para enviarlas a sus atribulados padres. Crean personajes de mujeres de la limpieza, secretarias o teleoperadoras. Y los escritores de cartas también crean otras ficciones para las prostitutas: les escriben cartas a los clientes, cartas de amor, contándoles cuánto los añoran, lo mucho que necesitan el dinero para el niño, para no acostarse con otros. Los escribientes también son narradores.

En Ciudad de México me encontré con otro grupo de amanuenses sentados a la sombra de un soportal en el degradado zona centro. Uno de ellos tecleaba en una Selectric IBM algún tipo de correspondencia comercial. Antes había ocho o nueve escribientes especializados en cartas de amor, pero ya solo queda un par. Viven tiempos difíciles, me contó el escritor de cartas comerciales.

¿Por qué? ¿Internet está matando el negocio?

No, me contestó. «Es porque ya nadie se enamora.»

Esas cartas no constan en los archivos de los historiadores. Pero deberían. Cuando el pueblerino se traslada a la ciudad, lo primero que hace es mandar una carta a casa con dinero; es una historia.

Estas historias oficiosas son esenciales para que el emigrante mantenga alguna continuidad. Durante la mayor parte de nuestra historia como especie no hemos sabido adaptar-

nos al movimiento continuo, radical. Hemos permanecido en un lugar, en nuestros pueblos. Pero en el último cuarto de siglo, la población emigrante del mundo se ha duplicado. Hoy, 750 millones de personas viven en un país donde no han nacido: uno de cada veintiocho seres humanos. Si todos los emigrantes conformaran una nación, constituirían el quinto país más grande del planeta. Y estamos solo al principio: a medida que la guerra, las desigualdades y el cambio climático nos empujen más que nunca al extranjero, el fenómeno que definirá a la humanidad del siglo XXI será la migración masiva.

Mi propia familia ha vivido por todo el planeta, desde la India a Kenia e Inglaterra y Estados Unidos y de vuelta a la India... y sigue mudándose. Uno de mis abuelos cambió el Gujarat rural por Calcuta en los albores del siglo XX; mi otro abuelo, que vivía a medio día en carro tirado por bueyes del primero, se mudó a Nairobi poco después. En Calcuta, mi abuelo paterno se unió al negocio de joyería de su hermano mayor; en Nairobi, mi abuelo materno comenzó su carrera, a los dieciséis años, barriendo el suelo del despacho de contabilidad de su tío. Así empezó el viaje de mi familia del pueblo a la ciudad. Fue, ahora me doy cuenta, hace menos de cien años.

Cuando regreso a Mahudha, de donde proviene la familia de mi padre, encuentro una casa con duraderos armarios de teca de Birmania, un pozo junto a un mango en el patio y una sensación de paz tras altos muros. Pero el pueblo se ha convertido en una ciudad pequeña; Mahudha ahora cuenta con unos dieciséis mil residentes, su propia página de Facebook y una organización que reúne a sus oriundos en Nueva Jersey (la mayoría *patels*, a los que mi familia miraría por en-

cima del hombro). En la página de Facebook hay una invitación: «Pícnic estival Mahudha Gaam 2012. Parrillas y refrescos en el Pícnic Estival Anual Mahudah Gaam. Ven a divertirte con la familia». Lugar de encuentro: Parque Roosevelt, arboledas 2A y 2B, Edison, Nueva Jersey.

Durante nuestros primeros años en Estados Unidos la familia solía mandarnos cartas desde la India, finas páginas plegadas en tres, en las que cada centímetro estaba cubierto de escritura, de noticias urgentes, imprescindibles: el hijo de Nirufoi se había casado, Ashaben tenía problemas cardíacos, el precio de las cebollas se había disparado a diez rupias el kilo y eran tiempos difíciles. Cuando podíamos permitirnoslo, muy de vez en cuando, telefoneábamos.

Mi padre aún levanta la voz en las conferencias desde su casa de Nueva Jersey a la mía de Nueva York. Todavía a finales de la década de 1990, para llamar al extranjero desde la India, o incluso a otra ciudad india, había que reservar una llamada al monopolio telefónico estatal. Podías pedir una llamada normal, una llamada «exprés» o una llamada «relámpago», las tarifas se incrementaban según la urgencia. Te daban un número de reserva y esperabas todo el día, y luego sonaba el teléfono y la operadora confirmaba tu identidad y la de quien llamara y os conectaba... durante tres minutos. Transcurridos los tres minutos, la operadora interrumpía la discusión amorosa o comercial y preguntaba: «¿Continúo?». «¡CONTINÚE!, ¡CONTINÚE!», bramaba mi padre, y conseguía otros tres minutos.

En su búsqueda de la felicidad, a veces avariciosa, a veces altruista, mi familia ha viajado por todo el mundo, de pueblos a ciudades. ¿Cómo mantenemos cierto sentido de continuidad? Como todos los emigrantes, nos consolamos de

este movimiento incesante contándonos cuentos; el recuerdo, la recopilación, como antídoto contra el desplazamiento.

En Nueva York mis hijos, estadounidenses de nacimiento, se sientan con mi madre a que les cuente historias que les contó su padre sobre viajes por las tierras del África oriental vendiendo tejidos y whisky de una empresa escocesa; y se sientan con mi padre a que les hable de cómo el suyo compraba el patrimonio de los maharajás disolutos de Calcuta para su negocio de joyas. Con estos hilos narrativos tejemos parches para remendar el maltrecho tejido temporal de la familia. Y continuamos.

Recibí mi educación de escritor en un balcón del norte de Calcuta, en el patio de un moderno bloque de viviendas en Bombay y en la cafetería de una brutal escuela católica en Jackson Heights. Primero fue la observación; luego, el flirteo con la experiencia. Provengo de tres generaciones de comerciantes de diamantes. A mi abuelo, mi padre y mi tío, a los tres les gusta contar anécdotas. En el mercado de diamantes importa lo específico. No puedes juzgar, por ejemplo, si todo un grupo de «judíos» es de fiar para los negocios o no. Tienes que hablar de un judío en particular. Conocer las peculiaridades de la personalidad del cliente, en un negocio basado enteramente en la confianza, marca la diferencia entre la bancarrota y la fortuna. Por tanto, los hombres de mi familia eran expertos en analizar personalidades y se transmitían dicho conocimiento por medio de las historias que contaban. El comercio de diamantes no es algo que se aprenda en una escuela de negocios.

En Eufemia, la ciudad invisible de Calvino, los mercaderes de siete naciones se reúnen cada solsticio y cada equinoccio para comerciar en los bazares; pero, lo que es más importan-

te, concluida la transacción, mientras yacen sobre los sacos y toneles vacíos, intercambian relatos. Cada palabra que pronuncian —«hermana», «batalla», «amantes»— suscita una historia de los otros. Hoy comenzaré mis historias no con una palabra, sino con una estadística, la estadística más importante de nuestra época: por primera vez en la historia, viven más seres humanos en las ciudades que en los pueblos. Nos hemos convertido en una especie urbana. En 1900, el 10 por ciento vivíamos en ciudades; en 2010, el 53 por ciento y, para 2050, cuando seamos nueve mil millones de personas en el planeta, el 75 por ciento habitaremos en ciudades. En 1970 el mundo tenía solo dos megaurbes o ciudades de más de diez millones de habitantes: Nueva York y Tokio. Hoy, son veintitrés; en 2025, serán al menos treinta y siete. La mayoría estarán en países en desarrollo, lo que solíamos llamar el tercer mundo.

Toda nuestra historia reciente puede entenderse contemplándola a través de la lente de la urbanización. Las revoluciones de Oriente Próximo se han producido en ciudades, no en pueblos; necesitan una masa crítica de gente que se reúna en las plazas públicas. Mohamed Bouazizi, el vendedor ambulante tunecino que se inmoló, se había educado en un pueblo. Su protesta fue la de un aldeano al que la ciudad exigía obediencia a las leyes de zonificación urbana. Después toda la gente de los pueblos y las ciudades de la región salieron a protestar. Bouazizi se prendió fuego, y el fuego encendió miles de chispas que volaron a todas partes, en todas partes.

El terremoto y el tsunami de Japón de 2011 fueron más dañinos porque afectaron a un país densamente poblado y altamente urbanizado, que necesita electricidad y, por tanto,

depende de la energía nuclear. Este año, el ébola ha devenido pandemia debido a la emigración desde los densos bosques de África occidental a los densos barrios de los suburbios. Como ha señalado recientemente Peter Piot, el investigador que descubrió el ébola: «En las ciudades grandes, en particular en los caóticos suburbios, resulta prácticamente imposible encontrar a aquellos que han tenido contacto con los pacientes por mucho empeño que se ponga. Por eso me preocupa tanto Nigeria. El país tiene megaurbes como Lagos y Port Harcourt, y si llega el virus del ébola y empieza a extenderse, provocará una catástrofe inimaginable».

La urbanización ha tumbado nuestras políticas de seguridad nacional. Resulta significativo que Osama Bin Laden decidiera ocultarse en la agradable ciudad de Abbottabad en lugar de en los barrancos del Hindú Kush. La ciudad concede mayor anonimato que el campo. En las montañas lo habrían reconocido fácilmente; en la ciudad, para sus vecinos, su casa era solo otro complejo vallado, donde los ricos llevan vidas privadas, incluso secretas.

Como observó Hamid Gul, ex jefe de los servicios secretos paquistaníes (ISI): «Deberíamos haber sabido que esta gente (Al Qaeda) había desarrollado un patrón de comportamiento; desde Khaled Sheikh Mohammed a Abu Faraj al-Libi y los demás, todos fueron capturados en ciudades. El ISI, la CIA y el FBI deberían haber sabido que no debían buscarlos en áreas tribales, sino en ciudades».

Personas como Bin Laden, que se consideran hombres de Dios, mantienen una relación difícil con las ciudades; son de ciudad pero persiguen huir de la urbe en las montañas, aunque luego regresan a ella en busca de refugio. Las ciudades son un «Jódete» escupido a la cara de la naturaleza. Cons-

truimos cosas para empequeñecernos. Le decimos a Dios: nosotros también podemos erigir montañas, pero con ascensores. Por eso la Ciudad se asocia con tanta frecuencia con el pecado, Sodoma y Gomorra. Cuando estaba escribiendo *Ciudad total*, conocí a una familia jainista que se había convertido a la vida monástica. Una de las leyes que debían obedecer era la siguiente: durante varios años después de entrar en la orden, tenían prohibido ir a Bombay, que llamaban *pa-ap ni bhoomi*, «tierra de pecado».

Para Mahatma Gandhi el pueblo era el espacio puro, libre de los vicios que corrompen la ciudad. «La India no se encuentra en sus escasas ciudades, sino en sus setecientos mil pueblos —decía a menudo. Y añadía—: Considero el crecimiento de las ciudades algo maligno, una desgracia para la humanidad y para el mundo, una desgracia para Inglaterra y, desde luego, una desgracia para la India... La sangre de los pueblos es el cemento con que se construye el edificio de las ciudades.» Sostenía que los trabajadores de las ciudades «tenían que desarrollar una mentalidad rural y aprender el arte de vivir según las costumbres de los aldeanos».

Pero en todo el mundo los aldeanos olvidan a Gandhi y se mudan a grandes ciudades; a menudo, por el mero hecho de que son grandes. Si en Bombay hay veinte millones de habitantes, entonces el aldeano de la lejana Bihar piensa: «Esos veinte millones de personas deben de saber algo, así que me voy con ellos». Nada atrae más que el éxito.

Un país que ilustra la estampida a las ciudades es Bután, donde el 16 por ciento de sus 700.000 habitantes vivía en ciudades en 1990. Ahora son el 36 por ciento de la pobla-

ción y crecen a un ritmo del 6 por ciento anual. Y ello a pesar de que, según todos los datos, en el campo son considerablemente felices. El monarca de este pequeño país del Himalaya es famoso por afirmar que «la Felicidad Nacional Bruta es más importante que el Producto Nacional Bruto».

De acuerdo con el índice de Felicidad Nacional Bruta de Bután, en 2010, el 41 por ciento de los butaneses eran «felices» al estar satisfechos con seis de los nueve criterios evaluados: bienestar psicológico, ecología, salud, educación, cultura, nivel de vida, empleo del tiempo, vitalidad de la comunidad y buen gobierno.

Pero a los jóvenes que se van a las ciudades, que cambian la indumentaria tradicional por vaqueros y prefieren un empleo de funcionario a un trabajo manual, cuesta convencerlos para que se queden en el campo.

«Es triste pero cierto que las carreteras que construimos para llevar servicios a los pueblos son las mismas por las que se marchan sus habitantes para instalarse, en algunos casos, en barrios de chabolas alrededor de las ciudades», ha admitido recientemente, en una entrevista, el primer ministro Jigme Thinley. Según el primer ministro, el gobierno debe priorizar políticas que ayuden a valorar la vida rural y detengan el flujo a las zonas urbanas, que diezma los pueblos y provoca que el país dependa cada vez más de la importación.

«En muchos sentidos, la vida en un entorno rural es mejor y la posibilidad de alcanzar la felicidad mucho mayor que en una ciudad donde ni siquiera conoces al vecino de al lado y la violencia va en aumento —ha dicho también—. Necesitamos crear en nuestra gente un deseo consciente de seguir viviendo en áreas rurales o de regresar de las zonas urbanas. En lugar de vivir hacinados en un piso, ¡volved a la granja!»

Justo encima de Bután se extiende un país mucho mayor, mucho más urbanizado, que está experimentando un auge de la nostalgia del pueblo. Pero no necesariamente del pueblo de origen.

Más de la mitad de los chinos —712 millones— viven todavía en áreas rurales. Pero están abandonando las granjas: el año próximo habrá tantos chinos en las ciudades como en los pueblos. En 2035, el 70 por ciento del país será urbanita.

A los chinos les gusta Europa, en particular, la vieja Europa. Sobre todo, los pueblos europeos viejos. A un magnate de la minería chino le gustó tanto Hallstatt, un pintoresco pueblo austriaco fundado en el siglo II a.C., que decidió encargarse, con un coste de 940 millones de dólares, una réplica exacta del mismo cerca de la ciudad industrial de Huizhou, en el delta del río Perla. El nuevo Hallstatt contiene reproducciones de la torre del reloj del pueblo, sus casas de madera y sus calles adoquinadas... Todo está en venta. En 1997, la UNESCO declaró Hallstatt patrimonio de la humanidad. Los chinos decidieron construir la imitación. Al principio los austriacos se molestaron; se quejaron de que las copias no pagaban regalías. Pero el gusto del pueblo facsímil ha despertado el interés por el auténtico; si a la lacustre localidad austriaca original antes acudía una cincuentena escasa de turistas chinos al año, ahora la visitan miles. Y los austriacos están encantados de que los emule una superpotencia al alza. En la actualidad la empresa del magnate chino, Minmetals, está trabajando en una recreación de Escocia en el sudeste chino, cerca de Hunan. ¿Qué clase de Escocia será? No la Escocia de las deprimentes viviendas de protección oficial de Glasgow, por supuesto. Será una Escocia de hombres que lanzan haggis, beben whisky, tocan la gaita, visten

falda y se parecen todos a Mel Gibson. En otras palabras, Marca Escocia.

Las diferencias entre la versión oficial y oficiosa son enormes. Si la historia de Mumbai es la de la capital financiera de Asia, entonces podemos demoler cientos de hectáreas de industria ligera sin ningún miramiento porque necesitamos espacio para oficinas. Si la historia de Mumbai es la de un conjunto de comunidades, entonces conservaremos las áreas industriales, preservaremos las antiguas poblaciones de la ciudad. El problema es que los medios de comunicación, los impresos y sobre todo los electrónicos, favorecen un tipo de narración por encima del otro. Prefieren historias que requieran presupuestos caros, tecnología llamativa e imágenes vistosas.

Algunas de las ficciones más elaboradas de la ciudad no se esconden en la obra de los novelistas, sino en los folletos de las inmobiliarias y en los planos urbanos. Constituyen una especie de ciencia ficción, una idea del futuro. Los políticos y empresarios de Mumbai tienen la vista puesta en Shangai como modelo para su ciudad. En 2003, el gobierno del estado de Maharashtra solicitó a un grupo de cuentistas profesionales —la consultoría McKinsey— que construyera una narración sobre el futuro de Mumbai. McKinsey presentó un documento —cuyas recomendaciones el gobierno adoptó oficialmente—, titulado «Mumbai, una visión», que aspiraba a convertir Mumbai en «una ciudad de talla mundial antes de 2013». Como dijo el arquitecto Charles Correa acerca del plan, eso no era una visión, era una alucinación.

¿Quién decide la imagen de una ciudad? La mayoría de la gente que viene a Bombay no espera encontrarse Shangai. Vienen a Mumbai, cuyo mito les resulta lo bastante atractivo.